

el uno por su manera benévola y el otro por sus impulsos calurosos; pero en Firdusi encontramos la sangre nuestra, solo á él mueve el mismo espíritu que vive en Nala, en Homero y en los Nibelungen. Por supuesto, el sultan Mahmud no podía sospechar semejante cosa ni le habria servido de nada el sospecharla. Tuvo que contentarse con servir á un poder superior conservando en su corte las flores y frutas que habia creado el siglo de los samanidas para hacer con ellas un ramillete, que por fortuna ha tenido mas duracion que la corte misma. En efecto, tambien los demás poetas que mas arriba hemos citado como compañeros accidentales y

mas ó menos forzosos de Firdusi, nos han dejado versos galanos, y la ciencia debe estar agradecida á aquella época. Entre sus varones mas meritorios figura El Beruni, uno de los sabios que Mahmud se llevó de Khwarism á Gazna cuando se apoderó de aquella capital. Ha hecho la fama de El-Beruni la obra que escribió en lengua árabe sobre la cronología de los pueblos antiguos, que se funda en estudios astronómicos é históricos y que hoy todavía conserva su importancia. Era El-Beruni persa en cuerpo y alma, y al parecer muy mal de su grado dejó su patria para ir á vivir en la lejana corte del sultan; pero una vez allí, aprovechó la ocasion para estu-



Tumba de Avicena en Hamadan

diar en persona la India, siendo el primer mahometano que tuvo esta idea. La historia que nos ha dejado escrita tiene un valor que sube de punto por la falta total de obras históricas indias. Tambien fué trasladado de Khwarism á Gazna por orden del sultan el médico El-Hasan Ibn Suwar, célebre en su arte y que asistió al mismo Mahmud. Era varon dignísimo, que visitaba á los pobres en traje humilde, pero que cuando pasaba á la corte iba á caballo con la ostentacion debida. Otra celebridad, que como los dos anteriores procedia de Khwarism, era Abu Alí El-Husein, llamado generalmente Ibn Sina, nombre que se ha corrompido en Europa en el de Avicena. Este hombre y el español Averroes son los sabios orientales que mas fama gozaron en las naciones cristianas de la Edad media, cuya influencia fué transcendentalísima y que por lo mismo mayor mal causaron. Avicena es la personificación típica del carácter persa, con sus méritos y sus defectos. Inteligente, agudo y práctico, laborioso y creador, vividor, diestro y amable, jamás desesperó en las situaciones adversas y sabia encontrar salidas y soluciones, pero no tenia

la profundidad ni el genio de los grandes caracteres. La multiplicidad de su talento era asombrosa: era médico, hombre de estado, cortesano y erudito; escribió un sinnúmero de libros sobre medicina, filosofía y ética, matemáticas y física, alquimia y explicacion de sueños, teología, gramática, retórica y música; compuso versos, y todo esto con la misma facilidad ora en lengua persa, ora en árabe, sin consultar autores, sacándolo todo de su propio caudal de ciencia, el cual por su memoria asombrosa y su penetracion rápida era tan grande que abarcaba cual enciclopedia completa toda la ciencia de su tiempo. No consta que en los innumerables escritos suyos se encuentre una sola idea nueva, y en cuanto á mí no me parece probable (1). El mérito de Avicena consiste únicamente en haber agrupado de una manera cómoda las conquistas científicas, principalmente en el ramo de me-

(1) La mayor parte está aun por imprimir, y naturalmente no he leído lo que está impreso, pero lo que de ellos sé, mas ó menos exacta ó superficialmente, me hace creer que mi juicio es fundado.

dicina, de sus predecesores árabes y persas. Esto, hecho de una manera tan vasta y práctica, es siempre un mérito positivo; pero como suele suceder en tales casos, se ha exagerado el mérito y fama del hábil compendiador á expensas de sus predecesores, y lo que es peor, este trabajo ha contribuido á impedir nuevos progresos originales. Los tiempos calamitosos que despues de la muerte de Mahmud tocaron al Oriente eran ya por sí suficientes para paralizar el movimiento científico y acostumbrar á las personas facultativas á vivir al día; y si tenían á mano un libro tan completo é inteligible como el gran *Cánon* (1) de Avicena, era demasiado fuerte la tentacion de hacer este libro la base de la enseñanza y luego la suprema autoridad médica. De esto no tuvo la culpa Avicena, como tampoco puede culparse á Galeno, que es un gigante al lado suyo, de que su sistema patológico haya sido durante mas de diez siglos la base y piedra angular de la ciencia médica; pero hoy todavía es difícil apreciar en toda su extension la desgracia que estos abusos han causado al mundo, pues privaron á la ciencia de nuevos trabajos libres é independientes. Es muy cierto que aun dentro del círculo férreo de tales sistemas, elevados á dogmas científicos, facultativos inteligentes en la práctica pueden producir resultados mas benéficos que fatales; pero las desgracias causadas por la gran cohorte de aquellos varones honrados y oscuros, que sordos y ciegos á las advertencias de la naturaleza juraban sobre su *Cánon* y han causado con sus electuarios infernales mas víctimas que la peste, son tan evidentes que no es menester para probarlas recurrir al *Fausto* de Goethe. Tanta autoridad adquirió este libro que no solamente se hicieron de su traduccion al latin muchas ediciones en nuestra Edad media, sino que todavía hoy son curados los infortunados persas segun sus preceptos (2). El que sin quererlo fué causa de tantas desgracias era una persona por demás interesante. Muy al contrario del grave Firdusi y del varonil Beruni, Avicena era flexible y movedido, hombre tan vividor como trabajador acérrimo, eminentemente á propósito para hacer un gran papel en la corte del sultan Mahmud, y sin embargo jamás le ocurrió pasar á Gazna. Noticias posteriores dicen, no se sabe si con algun fundamento positivo, lo cual es dudoso, que Mahmud trató tambien de agregarle á su coleccion de grandes hombres; pero lo cierto es que Avicena tuvo mientras vivió gran cuidado de evitar semejante honor, porque fuese por espíritu de independencia ó por precaucion no quiso ser el perrito en la jaula del leon, ni ocultar su aficion al vino y á la independencia del libre-pensador, y prefirió vivir cerca de los zorros y chacales de los pequeños Estados persas.

Avicena nació en el año 370 (908) en Efschene, aldea de Bokhara. Su padre era un pequeño empleado, pero el hijo, por su talento precoz, entró todavía adolescente en la corte de Nuh III, que necesitó sus consejos médicos y le concedió en cambio el permiso de utilizar la biblioteca particular del soberano. A la muerte de éste entró Avicena en la adminis-

tracion, pero anunciándole probablemente su fino oflato la próxima conquista de Bokhara, abandonó esta ciudad y pasó á Khwarism, y desde allí á Gorgan, donde esperaba encontrar asilo en la corte del siyarida Kabus, que tenia fama de ser protector de las ciencias. Sin embargo, este príncipe á la llegada de Avicena acababa de perder el trono y la vida. Entonces dirigió Avicena sus pasos á Rei, á la corte de la reina Seiyida, y despues á Hamadan, corte del rey buweihida Schems Ed-Daula, que le nombró su visir. En este cargo no le faltaron conflictos, de suerte que al morir aquel soberano fué encerrado por orden del hijo de éste, Tadsch El-Mulk, en una fortaleza, sin que este contratiempo perturbara su buen humor, como se infiere de una poesia que compuso allí y en la cual decia: «Ya ves, amigo mio, me encuentro seguro dentro de la plaza; lo dudoso es la salida.» A los pocos meses recuperó su libertad y se dirigió á Ispahan, corte de Aliah Ed-Daula, que recibió al ya célebre médico y erudito con los brazos abiertos. Allí Avicena, hombre incansable, gastó antes de tiempo su naturaleza corporal é intelectual, tan robusta que parecia indestructible. De dia desempeñaba trabajos administrativos y servicio en la corte; despues tenia reunion de personas doctas; al anochechar, tertulia familiar entre discípulos y amigos dedicada al estudio y á la enseñanza, ó al culto de la trinidad, vino, amor y canto; durante la noche trabajos literarios, en los cuales le sorprendia frecuentemente el nuevo día con la pluma en la mano y la copa al lado. Esta era su vida, que ni un Avicena podia continuar mucho tiempo. Al fin enfermó, pero no quiso declararse enfermo y continuó su género de vida, sosteniendo y excitando su increíble fuerza vital con remedios fuertes; pero llegó el día en que todo se acabó, y entonces dejó los remedios y dijo con mucha calma á los que le rodeaban: «Se ha desgastado el resorte que me ha tenido en movimiento.» Murió en 428 (1037) á la edad de 58 años, en Hamadan, poblacion que Allah Ed-Daula acababa de recuperar y donde se enseña todavía hoy su sepulcro (3).

No sin buen motivo he cerrado el libro destinado á exponer el desenvolvimiento independiente de la Persia con la descripcion detallada del poeta mas grande y del sabio mas célebre de este país. Lo que en Arabia fueron los antiguos héroes del desierto, Mahoma y los primeros califas hasta Walid, lo que para los turcos son los sultanes conquistadores y devastadores de medios continentes, son para los persas los hombres doctos y los poetas. Ellos son la personificación de la índole y de la vida de la nacion, solo que el mundo de entonces no era un mundo para poetas y sabios eruditos; la pluma con que Firdusi escribió su *Libro de los Reyes* y Avicena su *Cánon* hubo de ceder el puesto á un invasor demasiado poderoso: el sable del turco.

(3) La autobiografía de Avicena, continuada hasta la muerte del sabio por su discípulo favorito El-Schusedschani, se ha conservado en Ibn Abí Useiba (II, 2-9). Es un cuadro característico de aquel tiempo, principalmente respecto de los Estados pequeños que se habian formado en Persia, y siento verme privado, por el espacio limitado en que tengo que encerrar mi narracion, de dar aquí la traduccion completa de esta biografía, pero quizás pueda hacerse esto en otro lugar.

(1) El titulo es: *El-Kanun fi't-tibb* (El Cánon de la Ciencia Médica).

(2) Polak: *Persien*, Leipzig, 1865, II, pág. 193.